

Capítulo 5 - Luces Pálidas

Tristán necesitaba encontrar una manera de entrar.

Los infanzones habían reclamado un rincón del embarcadero y estaban entreteniéndolo al único extranjero que habían considerado digno de su tiempo, a pocos metros pero fuera de su alcance. El ladrón tuvo que admitir que el Malani que habían escogido era una criatura formidable, con dos pulgadas más de altura que él y una complexión que sugería que podía manejar esa cimitarra que arrastraba. Sin embargo, a diferencia de la nobleza a la que difícilmente invitaría a un refrigerio, tendría que buscar otro enfoque. Afortunadamente, uno estaba al alcance: los infanzones habían traído acompañantes con ellos. Seis personas en total, y uno sería su clave.

Los soldados, como solían hacer los soldados, se lanzaron a jugar a los dados en cuanto sus señores dejaron de prestarle atención. Incluso el cazador malani de semblante severo al servicio de Villazur se unió, junto a un hombre alto con ropas de Ruesta y el mismo a quien Tristan mataría antes de que todo terminara: Cozme Aflor, tres veces maldito y que los malditos demonios de Pandemónium lo devoren entero. Ya había un juego en marcha cerca del montón de cajas en la parte trasera del embarcadero, así que después de que los soldados se unieron, Tristan simplemente hizo lo mismo. La bienvenida fue tibia hasta que mostró algunas monedas, las cuales escaseaban. La mayoría jugaba por botones o pequeños objetos de adorno.

— Estamos jugando Augur — le explicó una mujer de cabello oscuro con entusiasmo. — Sin emparejamientos, reglas de Sacromonte.

— Eso es una tontería — se quejó una malani con muchas cicatrices —. ¿Por qué las Estrellas de los Enamorados te harían perder?

La mayoría del círculo era sacromontana, y con eso ganó algunas miradas poco amistosas.

— Los llamamos los ojos del Rey Ratón — sonrió Cozme, acariciando su barba —. Él no es un dios cuyas atenciones sean amables.

Tristán esbozó una mueca de sonrisa. Era una antigua leyenda que el Rey Ratón había sido en realidad una jauría de ratas, y que éstas habían devorado a uno de los Manes, esos grandes dioses prístinos muy queridos por los infanzones, y se habían convertido en una deidad que incluso esas viejas criaturas temían. En el lodo del Murk se adoraban y se negociaba con mil dioses, pero pocos eran tan queridos como el Rey Ratón. Era un patrón para los perdidos y desfavorecidos, aquellos que moraban en las sombras y en la inmundicia. No era un dios que se viera bien ante los ojos de Cozme Aflor.

— Es el método habitual — insistió la misma mujer de cabello oscuro — Juegas o te vas.

El viejo malani suspiró, pero tomó los dados, dejándolos caer en una copa de madera y agitándola luego. Tristan había jugado a Augur antes; era el más simple de los juegos de dados, y por eso no temía perder demasiado. De todos modos, no estaba allí para ganar. Apostando poco, se aseguró de mantenerse en la partida mientras los otros hablaban. La mujer insistente de cabello oscuro, que se había alegrado al ver sus monedas, se llamaba Aines, y ahora la reconoció de antes. Era la mujer casada con el adicto al polvo. El hombre en cuestión dormía la siesta, lo que le ahorró la visión de su esposa perdiendo miserablemente en el juego.

Dioses, pero Tristan nunca había visto a alguien tan verdaderamente terrible en un juego de azar.

Se alegró de ello, ya que su pila de botones vacía aflojaba las lenguas. Ganar siempre ponía a la gente de buen humor. Poco a poco, la información comenzó a fluir. El cazador que venía con Villazur se llamaba Sanale, y apenas hablaba, salvo cuando el otro malani le dirigía alguna palabra en su lengua natal. Tristan conocía algo de Umoya, pero lo que hablaban solo parecía tener poco en común con la lengua más conocida de las Islas. Inyoni, la mujer mayor con cicatrices que había protestado por las reglas antes, se mostraba mucho más parlanchina en la Antigua compartida por todos. La ladrona preguntó en tono casual por los otros dos malani con los que había llegado ese día, y pronto se sorprendió al obtener respuestas que creía que tendría que conseguir con finesse.

“El muchacho es mi sobrino,” dijo Inyoni. “Voy a acompañar para vigilarlo.”

“La familia es lo más importante,” estuvo de acuerdo Aines.

El hombre con colores de Ruesta setelah puso los ojos en blanco ante ellos. Este se llamaba Recardo, y aunque no era tan corpulento como el rompehuesos de Aztlán, la diferencia era poca. Rasurado cuidadosamente, tenía el tipo de rostro bien proporcionado que Tristan sabía que se consideraba atractivo. También, para decirlo en una sola palabra, era un imbécil.

“Charla de mujeres,” se burló Recardo antes de apostar un cobre en una mano con menos de cuatro.

Aines apostó dos botones sobre nueve o más, una apuesta segura que de alguna forma ya había perdido tres veces.

“No hay necesidad de ser grosero,” dijo Cozme con tono pausado, apostando precisamente por ocho.

Le gustaba aparentar ser un buen hombre, Cozme Aflor. Tristan había sido joven, pero recordaba esa faceta. Los otros en la Lista eran exigentes, muchas veces groseros, pero Cozme siempre había sido amable con su padre. Le había dicho con una sonrisa que pronto terminaría, que solo tenía que aguantar un poco más. Aún conservaba esa misma sonrisa cuando apretó el gatillo. La mirada del ladrón debió haberse quedado, porque el hombre canoso lo observó con curiosidad. No había ni una chispa de reconocimiento en el rostro de Cozme, aunque no la había esperado. Solo era un niño cuando se conocieron por última vez. Tristan sonrió, enterrando su odio en lo profundo.

“¿Cómo es trabajar para los infanzones?” preguntó el ladrón, fingiendo fascinación.

Cozme no ocultó su burla.

“Agotador, pero gratificante a su manera,” afirmó. “Aunque en realidad sirvo no a los hermanos, sino a uno de sus tíos, así que deben escucharme en todo.”

Tristan dudaba mucho de eso, pero asintió como si admirara. Recardo, que los había estado escuchando, se rio.

“Las ventajas son una mierda cuando se trabaja para Cerdan,” dijo el gran hombre. “¿Y yo? Puedo cuidar a Lady Isabel y sus bonitas doncellas, eso sí es un verdadero premio.”

No era la primera vez esa noche que mencionaba a las doncellas, a quienes parecía reclamar con interés, sin que nadie le prestara mucha atención. El cazador Sanale observó al otro hombre y luego murmuró algo a la otra Malani. Tristan contenía la sonrisa al reconocer las palabras en Umoya, que traducían algo como ‘carne de cuervo’. Inyoni, que sonreía, lanzó los dados, un tres y un cinco. Aines lanzó un maldición incrédula, mientras Cozme sonreía con arrogancia al ganar la ronda. Recardo no parecía muy feliz por haber perdido, su cobre menguaba.

“Deberíamos mandar al Vallejo a que mire eso,” dijo el gran hombre. “Ve por él, Cozme.”

“El Gascon atendiendo a los hermanos es la razón por la que puedo estar aquí en paz,” replicó el hombre con barba, sacudiendo la cabeza. “Además, no es tan mal con el dinero como crees.”

Y así Tristan consiguió lo que quería: nombres y rostros de los seis sirvientes. Recardo parecía del tipo que sería fácil de hacer hablar con un poco de alcohol y cumplidos, aunque demasiado impredecible para usarlo. Ni Sanale ni Cozme podían ser su clave. La Malani era callada y distante, y Tristan no estaba seguro de cuánto podría ocultar su odio si pasaba mucho tiempo cerca de ella. Eso lo dejaba en los sirvientes personales. Como el valet de Cerdan estaba aún puliendo las botas de los hermanos, la mirada de Tristan se movió hacia las doncellas de Ruesta. Tendría que ser una de ellas.

Solo le quedaba eliminar un último problema.

“Cuatro raíces por debajo de cinco,” exigió Fortuna en su oído, colgada sobre su hombro. “Este es un triunfo, lo puedo sentir en los huesos.”

Tristán frunció el ceño. No podía arriesgar ni un susurro, no tan cerca de tanta gente. Incómodo cuando deseaba señalar que en realidad ella no tenía huesos.

“Vamos,” insistió Fortuna. “¿Cuándo he cometido un error contigo?”

Cada vez que él había jugado, contestó en silencio. En su lugar, apostó dos cobre en un seis exacto.

“Espera, no, tienes razón,” murmuró ella. “Esto es mejor. Todo o nada, Tristán. Apuesta todo.”

Fortuna, como corresponde a la Dama de las Pocas Probabilidades, solo tenía dos estrategias en los juegos de azar: duplicar la apuesta o apostar todo. Él la ignoró, lo cual resultó acertado cuando, un momento después, se rodaron dos cincos y perdió sus cobre. Luego usó esa derrota como excusa para retirarse, obligándose a ignorar los alaridos indignados de Fortuna.

“Lo teníamos, Tristán,” bramó la diosa. “Nuestra suerte estaba cambiando, estoy segura. Solo faltaba un poquito más de persistencia.”

La abuela le había enseñado que los dioses siempre ansiaban algo. Era parte de su naturaleza: eran éter que toma forma a través del contacto humano, dejándolos con ansias que solo podían saciarse a través de los hombres. Eso era lo que los dioses obtenían de los contratos, una manera de calmar esas ansias, y la misma razón por la que, si escuchaba a Fortuna, apostaría a malos dados hasta quedar en la miseria. Era esa victoria que ella ansiaba, una en cien mil, en la que las largas probabilidades se vuelven realidad. Para ella, perder mil veces solo sería sufrir greens demasiado cocidos para poder saborear un jugoso trozo de cerdo.

“Lo intentaremos de nuevo luego,” susurró Tristán, fingiendo acariciar su rodilla para esconder su boca.

“Siempre dices eso,” refunfuñó Fortuna, “pero nunca lo hacemos.”

Estaba haciendo pucheros, así que la tormenta había pasado. Se mantendría de mal humor un rato más, y luego, en la siguiente hora, seguramente lo olvidaría por completo. Con eso en mente, volvió su atención a las doncellas. Ambas estaban cerca de su ama, quien jugaba en la corte con los nobles, ignorándolas siempre que no necesitaba que le trajeran algo. Una, una mujer baja con cabello oscuro cuyo nombre había aprendido que era Beatris, terminaba de remendar un abrigo con aguja e hilo. La otra, una pelirroja llamada Briceida —una información que obtuvo gracias al alarde de Recardo de que la conquistaría—, hojeaba un libro con expresión aburrida. Tristán se acercó sin llegar a más para no recibir más que una mirada indiferente de ambas, esperando una oportunidad.

La oportunidad llegó cuando Beatris empezó a guardar su aguja en una caja ordenada, un hecho que él aprovechó inmediatamente para invocar suerte.

El tic-tac comenzó en su mente, como los engranajes en movimiento de un reloj, y un latido después la caja se deslizó de las manos de la doncella. Las agujas y los hilos cayeron por toda la sala, la mujer exhalando un grito horrorizado, y mientras él se levantaba para ayudarla, liberó la suerte que había tomado prestada. La fortuna volvió, suavemente por la ligereza de lo que había tomado, pero regresó con precisión infalible. Una bobina de madera rodó bajo su pie y él resbaló con un grito de susto, cayendo de bruces. Tristán cayó de rodillas, solo una mano impidiendo que su cara tocara el fondo del agujero, esforzándose por ignorar las carcajadas histéricas de Fortuna.

“Duendes dulces, ¿estás bien?”

Suspirando, el ladrón levantó la vista hacia el rostro de Beatris—ella trataba de esconder su diversión, pero no lograba disimular—y se incorporó con esfuerzo.

“Ningún daño, salvo mi orgullo,” respondió con humor. “¿Quieres que te eche una mano?”

“Eso es muy amable de tu parte,” dijo la criada, sorprendida por su tono. “Se agradecería mucho.”

Los hilos se habían dispersado en todas direcciones y las agujas resultaban difíciles de distinguir en la penumbra del calabozo, por lo que fue trabajo arduo recuperarlos. La otra criada ignoró al principio su apresuramiento, hasta que cerró el libro con un suspiro profundo y se levantó. Poniendo a un lado los rizos rojos, se inclinó y tomó un carrete de hilo azul justo cuando Beatris extendía la mano para alcanzarlo. Lo dejó caer en el cajón casi con desdén, antes de dirigir una sonrisa burlona hacia ellos dos.

“Ten cuidado, que la vagabunda no se lleve alguna de las pertenencias de Lady Isabel,” dijo la pelirroja, y luego sus labios adoptaron una expresión cruel. “Quizá así te corten un poco y puedas permitirte un vestido decente por fin.”

“Asumiré la responsabilidad si ocurre algún percance, Briceida,” respondió Beatris con tono cortante.

“Pues entonces, deja de hacer tantos trastornos,” aconsejó Briceida. “Tu buena educación se nota demasiado.”

Y con ese comentario se alejó con meneo de falda, dejando a la oscura Beatris luchando por no mostrar su furia. La rabia pasó tras un momento, y la criada dirigió una mirada disculpante al ladrón.

“Lo siento,” dijo.

“¿Por qué?” resopló Tristan. “Parece una bruja horrible.”

Era una apuesta, pero le gustaba su probabilidad de éxito. La boca de Beatris se cerró, aunque no logró silenciar por completo la risita que se escapó de su garganta. Bajo la sonrisa de Tristan, la sirvienta tembló varias veces, hasta que estalló en carcajadas.

“De verdad lo es,” admitió Beatris. “Quizá pensarías que era hija de rey en lugar de un simple costurero.”

Ah, pensó Tristan, así que era así. Los costureros eran hombres adinerados y, seguramente, la razón principal por la que la hija de uno servía como doncella de una dama era para aprovechar esa posición en círculos nobles y ascender socialmente. Esto significaba que Briceida solo sería sirvienta mientras encontrara algo mejor, mientras que Beatris sería sirvienta de por vida. Su estatus—y su trato—serían marcadamente diferentes. Pero a él le convenía, en realidad. Un enemigo, especialmente si era un enemigo común, facilitaría la creación de lazos.

“Mis sympathías,” le dijo la ladrona, convencido de que lo sentía.

La criada de ojos oscuros lo miró por unos instantes, luego gimió. Llevando su mano al costado de su vestido como si quisiese alinear la tela, discretamente curvó los dedos índice y medio. El ladrón

disimuló su sorpresa al notar la Marca del Rata siendo formada, fingiendo rascarse las barbas, mientras la devolvía con desprecio. Beatris sonrió.

“Tenía la impresión de que quizás sí,” dijo ella.

“Nací en Feria,” le dijo él.

El barrio de Feria era una de las zonas más elegantes de Murk. Él no había vivido allí—sin su padre, no habría podido pagar la renta impuesta por los Cerdan—pero decirle que había aprendido en lugares más duros como Araturo y Cayerar no le ayudaría en nada. La sonrisa de la criada de cabello oscuro se volvió más sincera.

“Yo también estoy bien,” le dijo. “En la parte norte, cerca de Araturo.”

“Para mí, el este, por la avenida de los Lamentos,” compartió él.

Pareció impresionada, aunque no debería haberlo estado.

“Antes de que la embellecieran,” aclaró.

En los últimos años, la noble Casa de Cerdan había mejorado varias de las calles que poseían en Feria. Principalmente para poder aumentar los alquileres, echando a los viejos inquilinos y reemplazándolos por migrantes más ricos que no encontraban alojamiento en los barrios superpoblados de las riberas. Un comercio muy lucrativo, según todos los informes.

—“Figuras,” dijo Beatris con sequedad, examinándolo de arriba abajo.

Él sonrió en respuesta. Tristan era más limpio que la mayoría, pues a un ladrón sucio no se le permitiría entrar en lugares que valiera la pena saquear, pero aún tenía suciedad bajo las uñas. No se había lavado en varios días, aunque su ropa estuviera limpia. No era así con la doncella, quien incluso olía ligeramente a lila. Antes de que pudiera bromear con ella sobre eso, una interrupción los quebrantó. La señora Isabel Ruesta apenas era más alta que Beatris y tenía el cabello tan oscuro como ella, pero era fácil confundirla con la otra. La infanzona tenía una indolencia característica de quienes nunca han trabajado en su vida.

—Fue muy amable de ayudar a Beatris —le dijo la Ruesta sonriendo y colocando una mano en su muñeca—. ¿Puedo saber su nombre, señor?

Fue un esfuerzo mantener el disgusto fuera de su rostro.

—Tristán —sonrió el ladrón en respuesta—. Es un honor conocerla, Lady Ruesta.

La infanzona soltó una risita.

—Llámeme Lady Isabel —insistió ella—. Es lo mínimo que puedo hacer por alguien que tan gallardamente ayudó a mi doncella.

Le dirigió a Beatris una mirada de condescendiente ternura.

—No suele ser tan torpe, se lo juro.

Beatris inclinó la cabeza ante su señora, murmurando disculpas que fueron suavemente desestimadas. La práctica mantenía la sonrisa de Tristan sin que se tornara visiblemente rígida.

—Debe ser por el barco —dijo el ladrón—. Los viajes tienen sus dificultades.

La noble bruta asintió.

—Así es —afirmó, con la sonrisa iluminándose—. Pero son tan emocionantes.

Le dio una palmada en el brazo de nuevo.

—Espero poder ver más de ti, Tristán —dijo la Ruesta—. Volveremos a conversar.

Se alejó tan rápidamente como había llegado, regresando a su círculo de nobles. El ladrón de ojos grises esperó a que ella estuviera bien asentada para volverse hacia Beatris y rodar los ojos.

—¿Sería inapropiado —preguntó— ofrecer mis condolencias en dos ocasiones?

La doncella de cabello oscuro parpadeó, luego le dirigió una mirada intensa.

—No —contestó lentamente—. Pero quieres decir—

Beatris vaciló.

—¿No la encontraste encantadora?

—Al contrario —respondió Tristan con franqueza—.

La expresión en el rostro de Beatris se torció de sorpresa, igual que la suya propia. Ella se mordió el labio.

—Perdóneme por la indiscreción —dijo la doncella—. Pero, ¿será que quizá...

Hizo un gesto vago, pero su significado era bastante claro. No era muy cortés preguntar a extraños si eran homosexuales, así que alzó una ceja.

—¿Por qué obsessed importar? —preguntó.

Beatris volvió a morderse el labio, y luego se inclinó más cerca.

—Ella tiene un contrato —susurró la doncella de ojos oscuros—. No conozco los términos, pero parece que encanta a las personas —solo a aquellas que sienten atracción por ella, al menos eso creo.

El ladrón sintió un escalofrío al comprender que la maldita infanzona había estado manipulando un contrato sobre él todo ese tiempo, mientras fingía ser amable, apretándose la mandíbula. Sabía que no podía darle demasiado control sobre los demás, pues si no violaría los Pactos de Iscariot y la Guardia habría eliminado a toda la familia Ruesta. Sin embargo, la idea de que ella hubiera intentado influir en su mente resultaba nauseabunda. Escondió su ira, por si alguien la notaba, pero no hubo forma de que ella no percibiera sus ojos. Sería más seguro ofrecer una respuesta para mantenerla en buenas relaciones, concluyó.

—No trabajo con atracción —le dijo Tristan—. Al menos, no física.

—¿Asexual? —preguntó Beatris.

Se encogió de hombros. Al ladrón nunca le había interesado demasiado ponerle un nombre a sus inclinaciones —o a su falta de ellas— pero supuso que encajaba bastante bien. Había experimentado sentimientos una o dos veces a lo largo de los años, pero eso no había cambiado su aversión al sexo. Aunque se mantenía vago en sus explicaciones, Beatris había llegado a simpatizar mucho más con él después. ¿Sería realmente tan desesperada por compañía que no se dejara encantar por su despreciable ama? Debía ser así, porque mientras ambos se sentaban cerca de los baúles de viaje de los nobles, la mujer de cabello oscuro le cuchicheaba con gran entusiasmo. Tristan sofocó una sonrisa de triunfo cuando la conversación se dirigió a los infanzones.

"Ha estado jugando con los hermanos Cerdan durante aproximadamente un año", señaló Beatris. "Haciéndolos pelear por su atención, sabiendo que quieren su mano en matrimonio para resolver su disputa por la herencia".

"¿Los hermanos están en desacuerdo?" preguntó Tristan con soltura.

"Hate entre ellos, más bien", resopló Beatris. "La única razón por la que están haciendo las pruebas es para perseguir a la Dama Isabel. Si no fuera porque Cozme Aflor los mantiene en línea, estaría preocupado de que intentaran eliminarse entre ellos".

"Él se jactaba de que tenían que escucharle antes", compartió el ladrón.

"Está lleno de tonterías", replicó la criada. "Hablé con las doncellas de un primo Cerdan cuando la Dama Isabel visitó por última vez al Lord Augusto, y me dijeron que en la casa se comenta que lo están enviando como castigo. Solía tener buen favor, pero hizo mal en un asunto con la Casa Ragoza".

"Está aquí para asegurarse de que ambos regresen", dedujo Tristan.

"Qué pobre diablo", concordó Beatris. "Es cruel jugar así con ellos, pero puedo entender por qué la dama no quiere casarse con ninguno. Remund fue un verdadero bastardo incluso antes de conseguir su contrato, pero lo que se ha hablado desde que lo obtuvo es aún peor".

Él inclino la cabeza hacia un lado.

"Al parecer, entrena usándolo en los sirvientes", murmuró ella. "Una especie de luz con la que puede hacer esposas, pero quema la piel. Una mostró marcas".

¿Cómo era, se preguntó Tristan, que aún sabiendo que eran monstruosos, seguía sintiendo ira al escuchar la crueldad menor de los Cerdan?

"¿Y el hermano mayor es igual de cruel?" preguntó.

"Aún tengo familia en Feria", dijo Beatriz, "y me pasaron rumores. Hace unos años lo pusieron a cargo de las propiedades Cerdan allí, alquileres y esas cosas, y tiene una... reputación."

La insinuación era una nota desagradable. Tristan deseó que no fuera la primera vez que lo escuchaba, o que incluso tuviera alguna esperanza de que fuera la última.

"¿Qué tan grave?"

"Dicen que no obliga a las chicas a acostarse con él", admitió la criada. "Pero se demora en cobrar una deuda o un alquiler si lo acompañan".

¿Acompañamiento? Qué manera tan suave de decirlo. Ambos eran hijos de la Niebla, por lo que sabían bien que en la vida algunas decisiones no eran realmente decisiones en absoluto.

"Son piezas de carne", dijo Tristan con un odio viejo y cuidado con cariño en su voz. "Casi espero que Ruesta les haga sacar cuchillos".

"Ella no lo hará", afirmó Beatriz, sacudiendo la cabeza. "Por la misma razón por la que sé que tampoco se casará: mantiene su reputación intacta para poder conseguir al esposo que desea. Un primo mayor por parte de su madre, de una rama de los Livares".

La ceja de Tristan se levantó. La Casa de los Livares fue una de las familias fundadoras de Sacramonte. Isabel Ruesta no carecía de ambición, buscar matrimonio incluso en una de las ramas menores.

Ella necesitaría más que un simple contrato para ganar eso, opinó él.

Beatriz asintió con la cabeza.

"Por eso decidió someterse a las pruebas," dijo la sirvienta. "El primo también las está haciendo, partió en el primer barco. Ella lo seguirá durante todo ese enredo."

"Mientras juega con los Cerdán todo el tiempo," murmuró Tristán. "Infanzones. Como si no fuera ya bastante peligroso."

"Ella atraparé a algunos más para divertirnos," predijo Beatriz. "Ya ha puesto sus ganchos en esa pobre chica Malani."

"La que lleva la espada?"

“Exactamente. Una especie de noble caída de las Islas, creo,” se encogió de hombros la sirvienta. “Ya está encantada y acostumbrándose a molestar a los hermanos.”

“Al menos parece capaz de manejar una espada,” dijo Tristán. “Otra mano con espada no vendría mal en el Dominio de las Cosas Perdidas.”

“Supongo,” respondió ella con dudas.

“Aunque más bien diría que tú estarías más seguro que la mayoría sin ella,” dijo el ladrón con tono cuidadosamente despreocupado. “Me sorprendería que los infanzones no hayan hecho un pacto para compartir a sus oficiales.”

Esperaba que no, pues eso complicaría acceder a Cozme y a los Cerdán, pero ese no era el modo en que funciona el mundo. Los nobles siempre se cubren las espaldas, ocultando la vileza del otro.

“Todo menos la señorita Villazur,” confirmó distraídamente Beatriz. “Ha estado postergando su respuesta. Pero la seguridad es una... cosa relativa.”

La sirvienta de cabello oscuro le dirigió una mirada ansiosa pero llena de esperanza. Tristán había pedido suficientes favores a personas más desesperadas que él para reconocer cuando alguien estaba a punto de actuar.

“Te vi jugar a los dados antes,” dijo Beatriz. “¿Quizá conversaste con un hombre llamado Recardo?”

El gran soldado de Ruesta, pensó Tristán. El mismo que había estado advirtiendo a todos sobre las dos sirvientas de la señora Isabel, ya que tenía un ‘reclamo’ sobre ellas.

“Él se acercó,” dijo el ladrón sin rodeos. “Parecía muy seguro de que sus avances serían aceptados.”

“Estoy preocupada,” dijo en voz baja la sirvienta de ojos oscuros, “que él esté tan seguro porque no le importaría si acepto o no.”

Tristán se quedó quieto.

“Eres la doncella de una dama,” dijo lentamente.

“No soy la hija de un tapicero, Tristan,” respondió Beatriz cansada. “No se atrevería en Ruesta, pero aquí afuera... Solo soy una chica sacada de la Oscuridad porque me parezco a Lady Isabel cuando éramos niñas. Siempre que lo haga a escondidas...”

Ella también debía ser doble de cuerpo además de sirvienta, pensó. Solo que ahora Beatriz era más baja y ancha que Isabel Ruesta, por lo que su valor había caído drásticamente: no se parecían más que cualquier otra pareja de mujeres de cabello oscuro y edad similar.

“Entonces buscas hacerte amiga,” dijo.

“Yo también puedo ser útil para ti,” replicó firmemente Beatriz. “Ya te lo he demostrado con todo lo que te he contado, ¿no? Además, soy una forma para que entres en su grupo y por eso has estado merodeando.”

Él observó a la sirvienta, una sonrisa sin querer asomándose en sus labios.

“Eres una rata de primera,” alabó Tristan. “Pon tus condiciones.”

Ella se enderezó.

“Vigíame cuando él merodee,” dijo la sirvienta. “Si me envían sola, busca un pretexto para seguirme. No espero que ganes un combate contra un soldado, pero si solo retrasas lo suficiente, yo puedo escapar...”

Luego podría volver con los demás y armar un revuelo. La señora Isabel tendría que actuar ante semejante situación, de lo contrario perdería todo su honor y su reputación sería arruinada. ¿Qué noble serviría a una dama que no protege a sus propias doncellas? Sin embargo, más probablemente Beatriz confiaba en que Recardo no estuviera dispuesto a arriesgarse si había un testigo, considerando las consecuencias de ser descubierto. Una solución práctica. Solo que él necesitaba un poco más de ella.

"He hecho otra amistad," dijo Tristan. "Un exsoldado. Quiero que también lo invite."

La doncella dudó.

"También es en tu beneficio," insistió él. "Dos de nosotros vigilándote, una mano más si Recardo intenta su suerte — y una pareja entrenada en combate."

La promesa de alguien capaz de enfrentarse al gran soldado Ruesta en una pelea fue lo que inclinó su decisión, pensó Tristan mientras la observaba. La doncella de cabello oscuro asintió, primero con duda, pero luego con firmeza en la segunda ocasión.

"Empezarán a buscar personas para aumentar su número mañana," dijo Beatriz. "Atendí a Lady Isabel esta mañana mientras discutían. Me aseguraré de que tú y tu amigo entren."

"Entonces estamos de acuerdo," respondió Tristan. "Por mi honor, ¡que cien dioses me muerdan si lo incumplo."

Beatriz devolvió la promesa en igual medida. Se dice que en tiempos antiguos, los grandes sabios de Liergan sabían cómo hacer que tales juramentos fueran vinculantes, pero incluso si la leyenda fuera cierta, las palabras hacía mucho que habían superado el aprendizaje. Ahora era solo una ceremonia. Antes de separarse, Tristan le apoyó suavemente la mano en el brazo para detenerla.

"Tengo una maravilla," dijo.

"¿Sí?"

"Si una gran desgracia golpeará a Recardo," preguntó Tristan con la suavidad de una pluma, "¿considerarías entonces que nuestro pacto se cumple?"

Beatris respiró hondo, con los ojos oscuros buscando su rostro. dudó mucho tiempo, solo para enderezar la espalda de nuevo.

"La mordida del hambriento, el manoseo del desesperado," repitió suavemente.

La pelea acorralada, terminó Tristan. Así funciona la Ley de las Ratas, y aunque pudieron haber abandonado la Murk, la Murk no los había abandonado a ellos. No necesitó pronunciar la palabra para que él escuchara el acuerdo. Asintiendo en silencio, le hizo una despedida sin palabras. Cerró los ojos, escuchando su paso alejándose, y se obligó a repasar la conversación una vez más. No cometió errores evidentes ni reveló su interés en ver a la mitad de los infanzones muertos, decidió. Entonces, una victoria, por incómoda que le resultara. Tendría que pensar en una forma de deshacerse de Recardo si surgía la oportunidad.

El pacto entre los nobles para compartir sus soldados implicaba que matar al hombre sería útil de todas formas.

Ahora solo necesitaba convencer a Yong de la oferta que había aceptado en su nombre, pero no anticipaba conflicto alguno. El soldado le había dicho claramente que solo buscaba llegar a la tercera prueba, sin importar nada más. Utilizar a los infanzones como protección, al menos por un tiempo, sería una bendición. El Tianxi estaba desplomado en una esquina, oliendo a alcohol, cuando Tristan lo encontró, pero sus ojos estaban abiertos, estudiando la disposición de la bodega.

"Se están formando alianzas," dijo Yong con tono mareado. "Mira."

El ladrón se sentó y, siguiendo el dedo señalador, arrugó la nariz por el olor a licor. Sin importar cuánto estuviera borracho su aliado, tenía razón. Se estaban formando grupos. El primero rodeando a ese Azteca que parecía demasiado perfecto, que fue recomendado. El gran rompehuesos de la Menor Mano estaba sentado con él, al igual que la pareja de Asphodel: el joven noble con acné y el precisamente delgado y agotado que Tristan había sido advertido de evitar. Leander Galatas, aquí por recomendación del Gremio de Navegantes, y quizás posea conocimiento de los Signos. Los gemelos también los miraban, considerándolo visiblemente como una posible alianza mientras hablaban con la mujer azteca sobre la que no sabía nada.

En el extremo opuesto de la nave, otra alianza comenzaba a formarse, luciendo mucho más amigable. Los dos jóvenes Malani que Inyoni observaba conversaban con los pares de Ramayan que también se habían reunido, todos ellos cerca en edad y bien vestidos. El sobrino de Inyoni parecía nervioso, siempre mirando de un lado a otro como si esperara ser atacado, pero los cuatro estaban armados y hasta el muchacho de mejillas regordetas parecía saber manejar su pistola. Con un veterano como Inyoni protegiéndolos, serían un grupo digno de respeto. Tres fuerzas, reflexionaba Tristan. Los infanzones y sus servidores, Tupoc Xical con sus reclutas y este grupo de cinco.

Sospechaba que el resto serían meros restos, sobrantes. Los dos mayores en la embarcación estaban sentados cerca, sin hablar, y nadie se les había acercado. Mientras tanto, la pareja casada

discutía en susurros, y Marzela... ¿dónde se encontraba Marzela? Probablemente escondida en alguna esquina. Buscando a Brun, Tristan no se sorprendió al ver que el hombre del que Fortuna le había advertido que llegaba con los pies sobre la tierra. Estaba conversando con una Briceida halagada, sin una pizca de burla en su rostro. Solo quedaba el Raseni, cuyo nombre nunca se había aprendido, y el Tianxi bien armado recomendado por la Madriguera, ambos conversando cuando Tristan los miró.

Sin embargo, pronto la conversación terminó, y cada uno siguió su camino.

“¿Conseguiste algo de la doncella?” preguntó Yong.

“Una ventaja,” susurró Tristan. “Nos cubrimos las espaldas con la guardia de Ruesta y ella nos facilita la entrada con los infanzones.”

El soldado Tianxi dejó escapar un silbido algo demasiado fuerte, llamando la atención sobre ellos. Tristan reprimió una sensación de incomodidad.

“Buen trabajo,” elogió Yong. “Pensaba que tendríamos que hacernos paso con la banda de Tupoc, pero los nobles son un recurso más valioso.”

“¿Se te acercó a ti?” preguntó Tristan.

“Se dejó ver,” dijo el borracho. “Pero está reuniendo asesinos y no quiero ser uno de ellos, a menos que tenga una buena razón.”

El ladrón asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

“No es el único que ha puesto atención,” continuó Yong. “El Raseni ha estado vigilándolos toda la tarde.”

Tristan se obligó a no mirarla ni dejarse descubrir.

“¿Ha hablado con alguien hasta ahora?”

“Esa chica Tianxi que camina como si hubiera hecho los entrenamientos de la República,” comenzó a enlistar el soldado. “Brun, esa muchacha aterrorizada con la que te revolviste. Ah, y la pistolera Ramayana — pero solo antes de que ambas empezaran a acercarse a los Malani.”

¿Buscando aliados? Si era así, no estaba teniendo mucho éxito. Tristan la observó y notó que ella permanecía sola, de pie. Era difícil deducir algo acerca de ella, dado el modo en que los Raseni vestían cuando abandonaban su ciudad-estado. La mujer llevaba un vestido gris, que llegaba hasta las botas hasta la rodilla, guantes de cuero bordados y velos grises en varias capas que cubrían hasta la mitad de su torso, sostenidos en su lugar por un círculo de madera pintado en lo alto de su cabeza. La única apertura era para los ojos, cubiertos con una máscara de cobre opaco, cuidadosamente colocada para mantener todo cubierto salvo los orificios visuales.

Se decía que el pueblo de Rasen consideraba su isla como la única tierra inmaculada en todo Vesper, ocultando sus cuerpos fuera de ella para evitar que el mal regresara a su hogar. Solo Tristan podía deducir que ella tenía aproximadamente su misma estatura, alta para una mujer, y que esos guantes y botas estaban bastante usadas. En particular, las botas — el ladrón se quedó inmóvil.

—Yong,—susurró,—mira las botas del Raseni.

—Se ven bastante cómodas,—repli có tranquilamente el Tianxi.

—¿De qué color dirías que son las costuras?

El soldado le lanzó una mirada extraña.

—¿Azul oscuro?—finalmente preguntó, encogiendo los hombros.

Eran efectivamente de ese color. Tristan no había conocido a muchos Raseni, pero cuando antes entregaba mensajes para un líder de la Roja cerca de los muelles, había aprendido algunas cosas sobre ellos. Como que nunca vestían de azul por debajo de la cintura, porque atraía la atención de dioses malignos. No había duda de que un Raseni lo suficientemente devoto como para usar velo total lo sabría. Lo que significa que no estaba mirando a un Raseni. Ajustándose la ropa, el ladrón limpió sus pantalones antes de alejarse de un desconcertado Yong. Sin prisa, Tristan atravesó la bodega hasta llegar a la falsa Raseni y se apoyó contra la pared a su izquierda.

—No creo,—dijo la desconocida,—que nos hayamos presentado aún.

No tenía acento. Su Antigua tenía ese ritmo común en quienes aprendieron el idioma más tarde, pero nada en la forma en que hablaba indicaba de dónde era. Era, pensó, una manera de hablar casi sin acento y, por tanto, seguramente practicada. Tristan no respondió de inmediato; en cambio, apoyó la cabeza contra la pared y, cuando finalmente habló, su tono fue apenas un susurro.

—Estoy intentando pensar,—dijo el ladrón,—en una razón por la cual elegirías Rasen, de entre todos los lugares, para esconder tu identidad. No consigo encontrar ninguna.

Miró al techo, donde las sombras jugaban bajo la luz de los faroles.

—En la vieja Saraya, en ciertas profesiones se usan máscaras,—explicó,—y seguramente sería más fácil que usar velo completo Raseni si solo buscabas ocultar quién eres.

—¿Me estás acusando de algo?—preguntó ella.

—Llevas azul bajo la cinturilla,—dijo Tristan claramente,—los Raseni no.

—A menos que estemos exiliados,—respondió ella.

Pasó un momento tenso.

—¿Pensaste que me creería eso?—preguntó con curiosidad.

Suspiró y se desplazó ligeramente sobre sus pies.

—Debería haber optado por las botas sin costuras,—murmuró ella.

Él bufó; sus ojos, observó a través de las rendijas de la máscara de cobre.

—¿No vas a presentarte?—preguntó ella.

—Me has tenido vigilado todo el día,—dijo el ladrón,—ya sabes mi nombre.

Una conjetura, pero parecía tener buenas probabilidades. Ella no lo negó.

—Entonces, la Tianxi es tu aliada,—dijo la desconocida,—lo supe desde el principio.

—Debiste fijarte bien para notarlo,—comentó él,—¿para qué nos has estado observando?

—Aún no lo he decidido,—respondió ella con liviandad,—pero eso es algo que está por venir. Aquí y ahora, quiero ofrecerte un trato.

Él inclinó la cabeza.

—Tu silencio,—propuso la mujer velada,—a cambio de información que podría salvarte la vida.

Tristan la observó con detenimiento, pero no había rostro que leer, solo cobre opaco y tela. Podría ser, pensó, una carta de ventaja para descubrir si era una impostora, pero no era seguro. La mayoría aquí no tendría motivo para interesarse. Mejor conseguir algo seguro que aferrarse a algo que tal vez nunca usaría. ¿Y si ella le decía algo inútil? Aun así, habría aprendido algo, únicamente sobre ella.

—De acuerdo,—respondió.

—La noblewoman capturada por los infanzones,—dijo la desconocida,—tiene en su brazo izquierdo diez líneas de plata tatuadas.

— Así que ella es una maestra de espada Malani — frunció el ceño Tristan.

Era gente peligrosa, había oído decir, temida incluso por los guerreros sanguinarios de las sociedades guerreras de Aztlán.

— No — respondió la mujer —. Está en el brazo equivocado, del color incorrecto. Ella es una bailarina de espejos Pereduri.

¿No formaba Peredur parte del Reino de Malan? Una de las islas.

— Supongo que hay una diferencia — dijo el ladrón.

— Los maestros de espada heredaron sus líneas en duelos de honor. Combates sangrientos, pero las muertes no son frecuentes. En la Isla Alta, para conseguir una línea, te llevan a la orilla en un día específico del año.

— ¿Para luchar?

— En cierto modo, sí — afirmó la mujer —. Hay un tipo de lémur llamado espejos grises. Afilan a viajeros solitarios y pescadores, tomando su forma y luego devorando el cuerpo para obtener algunos de sus recuerdos.

La mirada incrédula de Tristan, contra su voluntad, se dirigió a la noble de quien estaban hablando. Ignorando la atención, ella narraba una historia a Villazur.

— No me lo puedo creer.

— Esperan hasta que el espejo toma la forma del que intenta conseguir la línea — dijo la desconocida con calma — y entonces le ofrecen una espada propia, para que sea justo. Ganar o morir, enfrentándose a sí mismos año tras año.

Si los Mala—los Pereduri—solo podían afrontar esa prueba una vez al año y ella llevaba diez rayas, debió haber comenzado cuando aún era una niña. ¿Diez, once años? Joven.

— Nunca te enfrentes a esa mujer con la espada en mano — advirtió el desconocido — a menos que busques la muerte.

Ese era un conocimiento que valía la pena mantener en secreto, y Tristan no ocultó su aprecio. Había salido beneficiado en este trato, quizás incluso demasiado. Mejor equilibrar las balanzas, para no quedar en deuda con el extraño.

— La niña de Ruesta tiene un contrato que encanta a otros — susurró — aunque hay restricciones.

La mujer velada permaneció en silencio un momento.

— Eso — finalizó ella — podría traer problemas.

Era bastante evidente que no se molestó en expresar su acuerdo. Además, había logrado lo que vino a buscar y más. Era hora de partir.

— Como tienes mi nombre — dijo Tristan — sería justo que me des el tuyo.

Ella le lanzó una mirada pensativa, como si deliberara qué nombre utilizar.

— Sarai.

— Ha sido provechoso, Sarai — se inclinó en señal de saludo.

— Así lo ha sido — aceptó ella —. Volveremos a hablar en la isla.

Sorprendentemente, se encontró deseando que llegara ese momento. Apenas había dado un paso alejándose de la mujer velada cuando escuchó un disparo, tenso el cuerpo mientras alcanzaba su cuchillo. Se dio cuenta un instante después de que provenía de los cubiertas superiores, aunque no era el único preocupado: otros varios estaban de pie y cautelosos. Un segundo disparo resonó, seguido por al menos una docena más. No se detenían.

— ¡Estamos bajo ataque! — gritó Cozme Aflor. — ¡Prepárense!

¿Piratas? Seguramente no, ¿qué idiota atacaría a un barco de la Guardia cuando lleva poca carga y seguramente está lleno de soldados? Mientras los viajeros en la bodega buscaban armas, la mirada de Tristan recorrió a todos nuevamente, como si su instinto lo impulsara a contar cabezas. Maldita sea — pensó el ladrón —. Marzela todavía no aparece. La misma chica asustada que estaba segura de haber visto obligatoriamente usar su contrato desde que abordaron. Un nudo en el estómago, Tristan se apartó de las dos Ramayanas y trepó sobre uno de los crateles en la parte trasera. Escuchó la risa de un hombre preguntando si iba a esconderse, pero lo ignoró y avanzó en su aullido.

La parte trasera de la bodega era un amasijo apretado de cajas, pero por un borde Tristan avistó algo asomando, un trozo de tela. Maldiciendo nuevamente, se arrastró más cerca, y entonces se dio cuenta de que no era tela en absoluto. Era una especie de red, como la de una araña. Y tras esa caja, anidando entre hilos de seda, se encontraba un horror. Lo que había sido Marzela apenas conservaba la forma humana, sus ojos blancos y ciegos habían brotado por todas partes de su cabeza, mientras unas patas delgadas y terminadas en garras atravesaban sus costados y torso. Ella se sujetaba con sus propios brazos, la piel entrelazada en una red, y cuando un ruido de asco aterrorizado escapó por la garganta de Tristan, ella de repente se estremeció. Ella está despierta. Sus ojos blancos se enfocaron lentamente, y el ladrón retrocedió de un salto.

"¡SAINT!", gritó. "¡SAINT en la bodega!"

Ni siquiera vio qué lo golpeó, un sonido desgarrador llenando sus oídos mientras el dolor explotaba en su espalda, haciéndolo caer por encima de una caja rota. Maldición, su hombro. Tristan surgió de entre una pila de semillas justo a tiempo para ver a Saint reptando por la bodega, mientras media docena de personas le disparaban, apartando sin cuidado a la pierna de Aztlan cuando bloqueaba su camino. El dios que vestía Marzela emitió un gemido cuando los disparos desgarraron su carne, pero haría falta más que balas de fusil para acabar con él. No parecía dispuesto a quedarse en la parte baja del barco: sangrando un hemorrago negro, la criatura escaló por la pared hacia el techo, rompiendo la madera a su paso.

"Oh, espíritus...", susurró alguien.

Incluso mientras trepaba por el agujero, Saint soltó otro gemido desgarrador antes de desaparecer. Un momento después, Tristan logró vislumbrar a qué estaban disparándole los oscuros capuchas negras todo este tiempo. Manticoras. De entre todas las criaturas sangrantes, eran las manticas. Seres con aspecto de león, apenas de dos pies de largo, deslizándose con sus largas garras y rostros humanos que mostraban colmillos afilados. Solo los carroñeros estaban descontrolados, bajando en masa a la bodega y atacando salvajemente a los más cercanos. Tristan retrocedió,

observando cómo Tupoc Xical terminaba tranquilamente de armar una lanza y con ella clavaba en la tierra a los lares más cercanos sin inmutarse.

La violencia rompió el hechizo de sorpresa, y el resto de la bodega estalló en acción. Con la vista fija en los infanzones, Tristan vio que ya se dirigían hacia la cubierta superior, seguramente buscando salvar el pellejo. Pero dejaban atrás combatientes, solo Cozme subía con ellos, y en la fría conciencia que guardaba en lo profundo de su mente vio la oportunidad. La bailarina del espejo se pegaba a Isabel Ruesta, y como los infanzones compartían soldados, eso significaba... El ladrón se acercó a su botiquín. Mientras las manticas seguían deslizándose y el combate resonaba arriba, tomó discretamente una pequeña vial de la repisa superior derecha y palpó el interior de la puerta.

Había agujas largas, tal como las había aprendido en los Dosajes de Alvareno, y la palmeó con la mano.

Una mirada le dijo que Beatris subía con su señora, y que Yong estaba bien —aunque visiblemente borracho, recargaba su pistola sin tropezarse— por lo que no era necesario arriesgarse demasiado. Mejor esperar su momento, y aprovechar la oportunidad que le habían brindado. La anciana Celipa le había prometido que lo castigaría si se metía en las cajas, pero ahora una estaba abierta y quizás no estaban prestando atención, si se arriesgaba a echar un vistazo a lo que había en las otras. Mientras destapaba la vaina y la sumergía en la leche viscosa y marrón del Milky de la Vieja, se deslizó hacia el fondo de la bodega. La caja estaba cuidadosamente guardada, igual que la aguja, y entonces enfocó su atención en el enigma.

Habían arrojado semillas anteriormente, pero al abrir otras cajas, le mostraron el resto de la mercancía. Al menos dos estaban llenas de arcabuces, pólvora y espadas; otra contenía baratijas, pero había bastante comida. Algunas eran raciones militares, pero también carnes secas y una gran cantidad de esas semillas baratas, del tipo que no proviene de cultivos de Glare, y por tanto se usan solo para alimentar a los pobres y a las oscuridades. ¿Qué necesidad tiene la guarnición de la Guardia en la isla con tanta comida? Sin embargo, eso era algo que debía tener en cuenta, aunque lo mejor sería acabar con esto antes de que lo descubrieran. Dejando atrás la protección de las cajas, Tristan volvió y encontró los últimos momentos de una pelea. La mayoría de los viajeros había huido como los infanzones, dejando solo a unos pocos para custodiar las escaleras mientras los mantines seguían arrastrándose por el agujero en el techo.

—Tristan — llamó Inyoni — ¡Date prisa, estamos cerrando la puerta!

Apretando su cuchillo con firmeza, el ladrón caminó de puntillas alrededor del grupo de saqueadores que eran mantenidos a raya por espadas y un arcabuz con bayoneta. El ruido llamó la atención de todos, y a diferencia de los demás, no había ganado su temor acumulando algunos cadáveres: acudieron a él con fiereza. Con una rapidez engañosa, los mantines avanzaron para cortar el paso mientras él rompía en carrera, y aunque saltó sobre el primero que intentó morderle la pierna, fue atrapado tras aterrizar. Sus garras rasgaron sus pantalones y él gritó de dolor, alcanzando a arañar los ojos de la criatura. Ésta aulló de dolor mientras él desgarraba carne, soltándolo justo a tiempo para que pudiera correr escaleras abajo antes de que el resto lograra hacer más que un mordisco en su talón.

—Ya te lo dije, es demasiado escurridizo para morir — dijo Inyoni con tono despreocupado, cortando a los mantínes con su cuchillo.

Él los mantenía a distancia, pudo ver. Antes no hubieran sido capaces, cuando el Santo estuvo allí y estaban totalmente enloquecidos. Ahora, todavía podían sentir miedo.

—También demasiado escurridizo para pelear — gruñó Recardo.

Eso le valió una mirada de desprecio de los otros dos, el sobrino de Inyoni y la nobleza acnéica de Asphodel. Era mejor acabar con eso; todavía tenía un uso para mantener su reputación intacta.

—Buscaba si el Santo había dejado algo detrás — mintió. — Ella se parece a una araña, por eso me preocupaba por los huevos.

Ahí se fue el desprecio.

—Mierda — susurró en voz baja el sobrino de Inyoni — ¿Había alguno?

—No encontré ninguno, pero no puedo asegurarlo. No quise arriesgarme a tocar las telas de la araña — dijo Tristan, fingiendo una cierta reluctancia en la confesión.

—Eso fue sabio de tu parte — le tranquilizó la noble de Asphodel — Nada que provenga de un Santo es inofensivo.

—Podemos darnos palmaditas en la espalda después — intervino Recardo — Cerramos esta maldita puerta y la clausuramos bien, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Tristan alisó su sonrisa. Sabía que el soldado de Ruesta estaría allí. Como todos los demás infanzones, tendría ya una mano con espada a su lado. Cozme para los hermanos Cerdan, Sanale para los Villazur y finalmente el Pereduri para Isabel Ruesta. Recardo seguramente sería el que quedarían atrás, y tenían que dejar a alguien para que no fuera demasiado evidente que habían abandonado a todos en cuanto llegara el peligro. Reputación y honor, ¿verdad? Solo le quedaba jugar su papel. Qué suerte que Recardo fuera tan insensible que ni siquiera necesitó provocar un insulto.

—Atacarán cuando seamos menos — dijo Tristan — como siempre hacen los saqueadores. Los que queden tendrán una pelea difícil.

Inyoni asintió, a punto de hablar cuando Tristan olfateó. Suspiró con una expresión de orgullo ofendido.

“Recardo y yo podemos asumir ese papel, si duda que pueda manejar un cuchillo,” dijo el ladrón.

No hubo discusión. Ninguno de los demás deseaba exponerse al peligro, y Recardo ni siquiera podía intentar eludir esto sin retractarse de su ofensa insensata anterior. Pero él no lo haría, porque era un estúpido. Así que, mientras los otros comenzaban a subir las escaleras, Tristan ocultó la larga aguja que había guardado antes. Para estar seguro, esperó hasta la tercera vez que

los mantícoras los perseguían. Se resbaló parcialmente en las escaleras, atrayendo a los saqueadores con entusiasmo, y en medio del caos, mientras volvía a subir corriendo, pinchó al gran hombre en la carne de la pierna. Recardo chilló y miró hacia abajo, pero Tristan retiró la aguja con tanta rapidez que pareció que la culpa la tenían los mantícoras.

El ladrón subió de prisa, manteniendo a las criaturas alejadas mientras los demás desaparecían uno a uno por las escaleras. Tristan esperó. La Leche de Spinster era un extracto de una raza de lombrices conocidas como las Spinster de Caotl, escorpiones del tamaño de un caballo que se hicieron famosos porque su veneno no era mortal. Como unas solteras necesitadas, las bestias paralizaban a su presa para poder comerla viva, mordisco a mordisco. Así que Recardo no murió, ya que eso habría sido demasiado sospechoso. En su lugar, se ralentizó, con las extremidades entumecidas, y cometió un error. Cuando llegó el momento de evitar un ataque de dientes, el gran soldado juzgó mal la distancia y Recardo cayó.

Rodando por las escaleras hacia la jauría de mantícoras hambrientas, que oportunamente devorarían la evidencia.

“Apúrense,” susurró Inyoni en su oído, jalándolo del hombro. “Está muerto, niño, no hay nada que se pueda hacer por él.”

El ladrón se aseguró de protestar en un principio, asegurando que aún podía salvar a su querido compañero Recardo, antes de dejarse convencer de abandonar aquel esfuerzo. No era un novato, por lo que no sonrió cuando la puerta se cerró tras él.

Uno, contó Tristan Abrascal.

Revision #1

Created 13 April 2026 09:16:20 by Michael Brown

Updated 13 April 2026 09:16:24 by Michael Brown